LA LARGA DURABILIDAD DE LOS ESTEREOTIPOS.EL PESO DE LOS PREJUICIOS EN LA VISIÓN ESPAÑOLA DE EEUU

FRANCISCO JAVIER RODRÍGUEZ JIMÉNEZ
George Washington University

DANIEL FERNÁNDEZ DE MIGUEL
Universidad Complutense

Es más fácil desintegrar un átomo que un prejuicio.

(Albert Einstein)

1.-El antiamericanismo español: de los más acentuados de toda Europa.

No deja de sorprender la extendida presencia de estereotipos y clichés sobre Estados Unidos en la España actual. ¿Quién no ha escuchado en multitud de ocasiones –reuniones de amigos, tertulias televisivas, etc.– a personas de nuestro país pontificando sobre lo ignorantes e infantiles que son los "yanquis"? ¿O quién no ha pensado alguna vez que el amor al dinero es quien rige por completo el funcionamiento de la nación americana? La cita de cabecera atribuida a Einstein, según la cual "es más fácil desintegrar un átomo que un prejuicio," es una buena metáfora para entender algunas de las claves de esa hostilidad hacia el país estadounidense.

A pesar de que históricamente las actitudes antiamericanas han alcanzado un peso considerable en la sociedad española, y lo siguen haciendo en la actualidad, a nivel oficial la relación entre ambos países ha experimentado periodos de buen entendimiento.[1] Baste recordar el cálido abrazo entre Franco y el presidente americano Eisenhower. Ocurre, sin embargo, que se han producido continuos "brotes y sacudidas,"[2] incluso dentro del propio periodo franquista. Por no hablar de que la llegada del

PSOE al poder en octubre de 1982 fue recibida con cierta preocupación desde Washington. La dureza mostrada por los socialistas en las negociaciones relativas a las bases militares – en la tentativa de superar "el vasallaje" anterior (Viñas 102) – hizo que sus homólogos americanos dijesen de ellos que eran más nacionalistas que sus predecesores franquistas (Solana y Basset 46). Después, sobre todo a raíz de la participación del gobierno de Felipe González en la *Primera Guerra del Golfo*, la relación hispano-estadounidense pasó a un período de normalidad, e incluso de cierta sintonía.[3]

Como si de períodos cíclicos de amor y odio se tratase, en el 2003 dio la sensación de que se había alcanzado una cordialidad de *toda la vida*; una supuesta empatía, cercana a la amistad, que dejaba para la posteridad la fraternal foto de las Azores entre George W. Bush y José María Aznar. Al poco tiempo, asistíamos a una nueva glaciación del clima bilateral gubernamental tras el desplante de José Luis Rodríguez Zapatero a la bandera estadounidense durante el desfile militar del día de la Hispanidad, en octubre de aquel año. El giro atlantista de Aznar no fue bien recibido por gran parte de la opinión pública española y de su clase política.[4] Ello hizo que se recuperasen los recuerdos de la Guerra de Cuba y la voladura del *Maine* para criticar a Estados Unidos. Destacados líderes del PSOE trajeron a colación estos episodios a la hora de argumentar que la nación americana no había hecho mucho por España en el último siglo, y que si acaso había que recordar algo, no era precisamente positivo. Incluso se comparó la voladura de dicho barco estadounidense con el engaño en torno a las armas de destrucción masiva de Irak. Más allá de la retórica política, resulta significativo que se aludiese a esos temas. Ello demostraría la durabilidad de los tópicos antiamericanos puesto que a pesar del tiempo transcurrido volvían a ser cuestiones de peso a la hora de movilizar a una parte del electorado.[5]

¿Cómo explicar tales idas y venidas? ¿A qué se deben esos bruscos vaivenes? En opinión de algunos analistas, dichas oscilaciones responden precisamente a la permanencia de tópicos y estereotipos en las relaciones hispano-estadounidenses. Imágenes viciadas que impedirían –puede que en buena medida de manera inconsciente– a los mandatarios de uno y otro país mantener una relación más madura, con menos altibajos. Veremos a continuación de qué manera algunos de los prejuicios antiamericanos procedentes del siglo XIX se mantuvieron, a veces evolucionaron, pero muy lentamente, en el imaginario colectivo del pueblo español durante el XX. A tal efecto, tras situar el antiamericanismo español contemporáneo en el contexto europeo, explicaremos el proceso de gestación de dichos estereotipos para luego centrar nuestra mirada en las opiniones sobre los Estados Unidos expresadas por unos cuantos literatos y hombres de letras españoles del siglo pasado. La muestra tomada como referencia no pretende

ser exhaustiva, tampoco definitiva. Queremos tan sólo ver cómo se repiten, con ligeras variaciones, los lugares comunes

.

2.-El antiamericanismo español contemporáneo en su contexto europeo.

Tras la Segunda Guerra Mundial, y el papel decisivo jugado por EEUU en la liberación y reconstrucción de Europa Occidental, se podía esperar la ruptura de la larga tradición de desconfianza y hostilidad con que muchos europeos habían percibido al país de Washington y Lincoln con anterioridad. Pero lejos de cumplirse esta expectativa, en poco tiempo un nuevo ciclo de antiamericanismo, cuyas consecuencias llegan a la actualidad, iba a extenderse por Europa con renovada intensidad. Sus primeras manifestaciones masivas tendrían lugar en los años sesenta. Si antes el desprecio hacia los norteamericanos había sido protagonizado principalmente por los sectores más conservadores de las sociedades europeas, ahora el relevo lo iba a tomar una generación de jóvenes progresistas que, no obstante, tomarían "prestados" muchos elementos discursivos del viejo antiamericanismo conservador.

En el caso español, esta secuencia fue todavía más abrupta. EEUU no sólo no había liberado al país de un régimen dictatorial y represivo, sino que en 1953 lo reforzaba decisivamente bajo la firma de unos acuerdos bilaterales. Esto tendría consecuencias muy poco positivas para la imagen estadounidense, sobre todo entre los sectores antifranquistas del país, quienes asociaron la estabilidad del franquismo al apoyo americano. Por si fuera poco, el desdén hacia Washington presente en las clases conservadoras españolas desaparecía –a pesar de la aparente cordialidad institucional– muy lentamente, y a veces únicamente de cara a la galería.[6]

Las elites culturales desempeñaron, como en el pasado, un rol fundamental en la difusión de esta nueva corriente de antiamericanismo europeo. Como muestra un botón: "Intent on dominating our markets, the invader [se supone que el gobierno de los Estados Unidos] captures our minds, transforms our customs and institutions, and destroys the equilibrium of the civilized world" ("A Report" 16). Las palabras de esta cita, recogidas en un informe de los agentes diplomáticos estadounidenses destinados en Francia en 1964, dan muestra de cuál era el clima de animadversión casi paranoica hacia Estados Unidos entre algunos de los profesores universitarios franceses más renombrados de entonces. El antiamericanismo cobró un renovado impulso en aquellos años debido a la abrupta transformación económica y social que experimentó Europa occidental en las décadas posteriores a la II Guerra Mundial, transformación que muchos asociaron a la influencia estadounidense:

> Europeans were now gaining access to the unprecedented range of products with which American consumers were familiar: phones,

> white goods, televisions, cameras, cleaning products, package food, cheap colorful clothing, cars and theirs accessories, etc. This was prosperity and consumption as a way of life –the 'American way of life–. (Judt 351).

La difusión del *American way of life*, fraguada en la revolución del consumo que se produjo a lo largo del siglo XX, en cuanto alternativa y desafío a la civilización comercial europea, generó la reacción de unas elites culturales aferradas a una visión idealizada de Europa, donde el Viejo Continente debía mantenerse incólume a los cantos de sirena de la modernidad y la cultura de masas.[7] Los conceptos `Modernización´ y ´Americanización` suelen aparecer mezclados, cuando no confundidos como sinónimos.[8] Así, la protesta contra la desaparición del modo de vida anterior se asocia con los manejos del Imperio norteamericano.

Este temor a la presunta conquista de Europa por el Tío Sam no se limitó al país galo ni a los sectores intelectuales y de cierta edad. También los jóvenes europeos, incluso en la República Federal de Alemania, –probablemente el país europeo más expuesto a la influencia cultural y económica estadounidense– fueron partícipes de una renovada corriente de antiamericanismo desde mediados de los años sesenta, animadversión que alcanzó sus cotas más elevadas al calor de la polémica política exterior de Washington con respecto a Vietnam (Klimke y Scharloth 101). Sin embargo, tales manifestaciones de jóvenes enfurecidos contra el *Imperio Americano* agresor tenían un punto de contradicción apenas encubierto: "Protesters who burned American flags outside an America House might have just finished picking up brochures there about exchange programs with U.S. colleges, and later might go to a late-night Hollywood movie or to a disco to listen to the music of Jimi Hendrix" (Stephan 81).

¿Cómo explicar dichas contradicciones? ¿Por qué se mostraban tan críticos hacia Estados Unidos los profesores franceses mencionados? ¿Qué llevaba a los adolescentes europeos a consumir con fruición la *American Popular Culture* al tiempo que criticaban duramente la política *imperialista* de Estados Unidos? De todas las interpretaciones aportadas por quienes han querido explicar el complejo fenómeno del antiamericanismo contemporáneo, podrían destacarse dos aspectos. En primer lugar, que la mirada europea hacia el otro lado del Atlántico ha sido más compleja y fragmentada de lo que a veces se pretende reconocer. En general, existe una suerte de "esquizofrenia," de conjunción de sentimientos encontrados: devoción por la ciencia y la técnica *made in USA* contra el rechazo a su presunto pragmatismo desalmado; éxito popular de su industria de entretenimiento frente a las críticas recurrentes a su supuesta inferioridad cultural; admiración por la solidez de sus instituciones democráticas versus desprecio por la falta de historia, y así se podría continuar con otros tantos.

En segundo lugar y más recientemente, la condición de gran superpotencia mundial que alcanzó EEUU como consecuencia de su decisivo papel en la II Guerra Mundial, ha llevado a exagerar en numerosas ocasiones la supuesta capacidad de la nación de George Washington y Abraham Lincoln para actuar en defensa de sus propios intereses en cualquier parte del globo, al margen de la comunidad internacional. Y es que según Russell Berman: "Because America is assumed to have unlimited power, it can be given unlimited blame. Any event in the world can therefore be attributed to the machinations of American conspiracy" (35).

Sea como fuere, la mayoría de los analistas coinciden en que el antiamericanismo es un sentimiento irracional, y como tal es difícil de explicar en términos lógicos (Cunliffe 21). A veces, la persistencia de ciertos estereotipos sobre la realidad estadounidense ha ido más allá de la disponibilidad de datos que los desmentían.[9] Como señala Gesine Schwan, el antiamericanismo entraña una visión esencialista: "À la différence de la critique des États-Unis ou de la critique d'une politique particulière menée à un moment donné, l'anti-américanisme me paraît impliquer la totalisation de cette critique particulière, une totalisation qui mène à un essentialisme » (25).

Este reduccionismo esencialista se observa con nitidez por ejemplo en las críticas a la americanización, fenómeno más complejo y discutible de lo que algunos han querido admitir.[10] En ese sentido, las palabras del escritor y periodista español Vicente Verdú dan buena cuenta de una postura muy generalizada entre bastantes intelectuales europeos:

> Día tras día la diversidad del globo convertido en mercado global tiende a transformarse en un remedo de Estados Unidos. No importa si se trata de la civilización europea o la oriental, la americanización va deglutiendo los estilos de vida, los valores, los mitos, la manera de vestir o de cenar (…) En el avance totalizador americano, se dibuja una amenaza a la que Europa en primer lugar ha de encontrar el modo de oponerse. (169-170)

Recuérdese la cita anterior donde hablamos del parecer de algunos profesores franceses en los años sesenta. La paranoia ante una supuesta "captación" de las mentes europeas es compartida. Confluyen aquí miedos atávicos a la pérdida de identidad, encarnados esta vez en el Leviatán estadounidense. Quienes dan la voz de alarma y se erigen como la voz de la conciencia nacional y europea, son, por supuesto, los intelectuales, adalides de la cultura y la civilización que hay que proteger frente a la "amenaza yanqui."

Resulta significativo que la obra de Verdú, trufada de clichés y tópicos sobre los estadounidenses, resultase premiada con el Premio Anagrama de Ensayo en el año 1996. Visto lo cual, cabe preguntarse: ¿qué conduce a

mentes tan preclaras a realizar juicios tan simplistas y reduccionistas sobre los norteamericanos?, ¿de dónde procede esa tendencia tan extendida en España a generalizar sobre la ignorancia, materialismo o extravagancia de los estadounidenses? Para responder a estas cuestiones, conviene mirar a la relación entre ambos países a lo largo de la historia. El antiamericanismo español presenta unas características particulares. Una de ellas es que, en términos generales, el "virus" del repudio al estadounidense –pese a las mutaciones sufridas con el tiempo– ha desarrollado aquí una virulencia mayor que en otros países del entorno europeo.[11] Algunas de las razones de ese diferencial se pierden en los arcanos del tiempo, desde prácticamente el mismo momento en que las trece colonias británicas de la costa atlántica de Norteamérica se independizaron del Reino Unido en 1776.

3.- Raíces decimonónicas del antiamericanismo español.

La aparición de una nueva y poderosa nación, capaz de competir con los países europeos con sus mismas armas, modernidad y eficacia, y cuyo sistema de organización político-social difería radicalmente del que prevalecía en el Viejo Continente, generó un rechazo sistemático entre muchos europeos, ya incluso desde finales del siglo XVIII. Ese sentimiento era más intenso entre quienes profesaban pautas conservadoras de vida y pensamiento. Hay que tener en cuenta que en la visión de Estados Unidos que tenían los conservadores europeos de entonces, la organización política se relacionaba de forma directa con características culturales y sociales propias del pueblo americano: la democracia y la libertad religiosa tenían su correlato en la vulgaridad de su cultura y en el exceso de uniformidad de su sociedad.[12]

La difusión del antiamericanismo en Europa se nutrió en buena medida de la labor de algunos poetas, novelistas e intelectuales norteamericanos, conocidos por su acerada autocrítica, por sus diatribas contra la sociedad en que vivían y contra el sistema político de los Estados Unidos. Fue el caso por ejemplo de autores como Waldo Emerson, Henry David Thoreau, James Rusell, Walt Whitman, Arthur Miller o John Dos Passos (Cunliffe 27). Salvando las distancias, se produjo un fenómeno parecido al que tuvo lugar con la aparición y difusión de la *leyenda negra* en la segunda mitad del siglo XVI. Entonces los enemigos de la Monarquía Hispánica, es decir, la Monarquía británica, la francesa, y los rebeldes holandeses e italianos, utilizaron la famosa *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, de Bartolomé de las Casas, para azuzar los sentimientos anti-españoles en sus territorios, propagando imágenes muy negativas asociadas al carácter bárbaro y despiadado de los españoles.[13]

A lo largo de los siglos XIX y XX se fue desarrollando en Europa todo un conjunto de prejuicios y clichés sobre los estadounidenses. Pese a que no

siempre es fácil establecer las conexiones, algunas de las consecuencias de aquellos estereotipos e imágenes llegan hasta el momento presente. En el caso español, un país católico, con amplios sectores de la población temerosos de la modernidad y adscritos a pautas de vida y pensamiento basadas en el honor y en la denuncia del materialismo, las condiciones fueron muy propicias para el desarrollo de prejuicios contra el *Coloso del Norte*.[14]

De hecho, algunos autores, como Paul Isbell o Richard Kagan, han destacado el peso de las diferentes mitologías nacionales como un factor explicativo más de la fuerza de la animadversión mutua entre España y EEUU. Así, Isbell sostiene que "las mutuas percepciones de España y los EEUU sobre sus respectivos destinos nacionales han ido abonando el terreno para los varios desencuentros políticos y culturales entre los pueblos y gobiernos de ambos países, generando y profundizando entre los españoles actitudes antiamericanas" (50).

Por parte española, los mitos nacionales predominantes habrían sido el de la excepcionalidad –pero en negativo– y la decadencia, lo que habría llevado a una autopercepción pesimista. Mientras, por parte norteamericana, se compatibilizaba la doctrina del "destino manifiesto" con la del "experimento democrático," lo que dio lugar también a una suerte de excepcionalismo, pero en este caso de carácter positivo.

Esta interpretación está en consonancia con lo que Kagan ha denominado como "paradigma de Prescott," esto es, la teoría sostenida en la obra del influyente hispanista norteamericano William Hickling Prescott (1796-1859) según la cual se entendía a España como la antítesis de EEUU: "Norteamérica era el futuro –republicana, emprendedora, racional–, mientras que España –monárquica, indolente, fanática– representaba el pasado" (cit. Chislett 121).

Así pues, a diferencia de otras naciones europeas que encararon el siglo XIX con pujanza y optimismo, en la España decimonónica pudo observarse una fuerte tendencia política e intelectual de rechazo a la modernidad. Un regodearse en los valores quijotescos, en una supuesta superioridad moral y espiritual frente a la propia decadencia imperial y al dinamismo de nuevos poderes como el estadounidense, que ayuda, entre otros factores, a explicar la fuerza del antiamericanismo español.[15]

En definitiva, la autopercepción de los españoles en la línea de la decadencia y de la excepcionalidad –en negativo– contrastaba con el mesianismo y el éxito del experimento social que encarnaba Norteamérica, lo que llevó a posturas reactivas y de rechazo a EEUU. Las fuentes discursivas del antiamericanismo español decimonónico, de marcado carácter conservador, proceden principalmente de dos acontecimientos. En primer lugar, la aprobación de una Constitución tan innovadora desde el punto de vista político, y donde, entre otras cosas, se respetaba la libertad

religiosa, puso en pie de guerra a las elites españolas "guardianas del orden" en un país monárquico y donde la Iglesia católica gozaba de un protagonismo social indiscutible. [16] De ahí que Jean-François Revel encuentre en el rechazo a estos valores liberal-democráticos el acicate principal del antiamericanismo (82).

Un rechazo ideológico que vino acompañado del desafío que representó el país de George Washington para las potencias europeas, al iniciar su proceso de expansión territorial en el continente americano, y que España sufrió especialmente. Tanto es así, que la nueva nación norteamericana heredó el rol de los británicos como el enemigo principal de los intereses españoles en sus territorios de ultramar. Si unimos esta doble amenaza, la que representa la ideología que inspiraba al nuevo país, junto a su afán expansionista, encontramos la causa principal del antiamericanismo decimonónico. Como señala Paul Isbell: "El antiamericanismo del siglo XIX se desencadenó fundamentalmente por la amenaza democrática experimental que Estados Unidos representaba para el orden colonial e imperial dominante (107).

Así pues, en España el antiamericanismo comenzó a desarrollarse, fundamentalmente, en torno a un discurso pan-hispánico que desde muy pronto percibió a Estados Unidos como a un enemigo, como una amenaza para los intereses españoles y el carácter hispánico y católico de América. Su acto de bautismo, al menos a nivel simbólico, se puede situar en la memoria enviada por el conde de Aranda a Carlos III en 1783, en la que advertía del peligro para los intereses españoles que entrañaría la nación americana en el futuro:

> Esta república federal ha nacido pigmea, por decirlo así, y ha necesitado el apoyo y las fuerzas de dos estados tan poderosos como España y Francia para llegar a la independencia. Día vendrá en que sea gigante y hasta coloso temible en aquellas comarcas. Entonces olvidará los beneficios que ha recibido de las dos potencias, y no pensará más que en engrandecerse (….) y dentro de algunos años veremos con verdadero dolor la existencia tiránica de este coloso de que hablo. (cit. Ferrer del Río 567)

Una vez establecido el enemigo, un enemigo nuevo, chocante y extraño para los europeos, que desde el principio se vieron sorprendidos por la fuerza y energía de un país con un modo de vida tan distinto al suyo, fue articulándose un conjunto de estereotipos sobre los norteamericanos a lo largo del siglo XIX. A veces, dichas imágenes estereotipadas estaban muy relacionadas con el carácter ideológico-político del país; y en otras ocasiones, por el contrario, respondían a motivos que podríamos definir como pre-ideológicos. Las narraciones de los viajeros europeos que recorrieron Estados Unidos jugaron un papel muy relevante en la

articulación de estos clichés. Entre los que tenían una clara connotación ideológica y política, podemos señalar la *vulgaridad* y la *ignorancia* con que se asociaba a los ciudadanos de una república regida por el vulgo; su *hipocresía*, en una sociedad que se decía democrática y consagrada a la libertad y, sin embargo, donde se permitía la esclavitud; el *ateísmo* o, contradictoriamente, el *protestantismo*, que supuestamente reinaban en una sociedad en la que había una separación entre la Iglesia y el Estado incomprensible para los católicos europeos decimonónicos; y la representación de los norteamericanos como *materialistas*, producto de un sistema económico basado en el afán de lucro, en el que lo único verdaderamente venerado era el dólar.

De entre las imágenes viciadas que se formaron con independencia del rechazo ideológico-político hacia Estados Unidos, encontramos, por ejemplo, la *juventud* o *infantilismo* con que se asoció a un país con pocos años de historia en comparación con la larga trayectoria europea; la *rudeza* y *violencia* del norteamericano, a causa de la "ley del más fuerte" con que en Europa se percibió la conquista del oeste americano; su *arrogancia*, por el afán protagonista que desde su origen se empeñó en desarrollar en el exterior de sus fronteras un país "extra-europeo," siendo la Doctrina Monroe uno de los hitos de esta pretensión intervencionista.

La aparición en los años cuarenta del siglo XIX de un movimiento pan-hispanista en España contribuyó a la propagación de los mencionados prejuicios antiamericanos.[17] Estos primeros pan-hispanistas, preocupados por la presión que los norteamericanos estaban ejerciendo sobre México y Cuba, estimularon el odio hacia EEUU. En esta línea, por ejemplo, *El Heraldo* abogaba por la formación de un bloque formado por España y los hispanoamericanos, para combatir al común enemigo anglosajón:

> Cuando la raza inglesa extiende cada día su poder y su influencia en América, se agrega a Tejas, y amenaza a Méjico, la España tiene un vivo interés en favorecer la alianza de los países de origen español, que juntos formen un muro contra esa ambición desapoderada de los Estados Unidos.

En el último tercio del siglo XIX, el auge del sistema capitalista norteamericano llevaría a exagerar entre los críticos españoles el afán de lucro de los estadounidenses, con lo que la imagen económica que se percibía en España del *Coloso del Norte* era la de un capitalismo despiadado que creaba mucho bienestar material pero al precio de acabar con la vida espiritual. El empuje económico que allí se daba acrecentó los temores a que el modo de vida democrático y vulgar con que muchos europeos asociaban a Norteamérica se expandiera por el mundo. De ahí que se describiera a su sociedad en términos muy apocalípticos, como el germen de la deshumanización y el caos. En definitiva: "The United States

represented the forces of mass production, an assault on tradition, capitalism and advertising, the destruction of the individual, and the downfall of cultural standards" (Rubin and Rubin 226).

Asimismo, las grandes oleadas migratorias que acudieron a Estados Unidos en esta época y que transformaron de forma notoria su cuerpo social, generaron nuevos prejuicios entre los españoles. Ahora se acusaba de falta de homogeneidad a la sociedad estadounidense, en un momento, además, en que el darwinismo social comenzaba a gozar de bastante predicamento: "Los Estados Unidos son un arrabal de Europa al que generalmente afluyen los elementos infectantes que han debido ser apartados del centro por motivos de higiene" (cit. Martín Sánchez 118). [18]

Teniendo en cuenta lo señalado hasta aquí, se podría concluir pues que frente al lugar común que sitúa en la Guerra Hispano-estadounidense de 1898 el origen del antiamericanismo español, hay que destacar que sus bases discursivas habían sido fraguadas con anterioridad. Lo que sí fue consecuencia del conflicto bélico entre ambos países fue una explosión, coyuntural, de antiamericanismo, que cumplió entonces una de sus funciones más habituales: crear cohesión social. La utilización de una feroz campaña antiamericana por parte de la prensa, los partidos políticos o la Iglesia reforzó el consenso interno de la sociedad española frente al enemigo exterior, ante una guerra que se atisbaba en el horizonte.

4.- 1898: el año que el antiamericanismo español alcanzó su apogeo

Durante los meses que precedieron a la guerra entre España y Estados Unidos por el control de Cuba, las manifestaciones públicas de desdén hacia la nación americana que circulaban en la sociedad española aumentaron muy notablemente. De pronto, la prensa, los púlpitos, los discursos políticos aparecían repletos de referencias hostiles hacia todo lo que oliera a norteamericano. La cultura popular tampoco escapó a esa dinámica. Por ejemplo, en una corrida de toros celebrada en Madrid por aquellas fechas, uno de los toreros, Guerrita, dijo a los espectadores: "no quisiera más que se me volviera un yanqui el toro para poder atravesarle el corazón con el estoque." Otro de los diestros, Mazzantini, pidió "que el importe íntegro de esta corrida se destine a dinamita para hacer saltar en mil pedazos a ese país de aventureros que se llama Norteamérica" (cit. Chislett, "El antiamericanismo en España" 3). Los *yanquis* eran, además, tildados de hipócritas, bárbaros, materialistas, obsesionados con hacerse con el dominio de todo el continente americano. Eran retratados, en definitiva, como la antítesis y amenaza principal de lo hispano. Así lo expresaba un editorial del periódico tradicionalista, *El Correo español*:

> Los pueblos de la América hispana, en los cuales subsiste y permanece parte de nuestro espíritu hidalgo y caballeroso, que

> conservan nuestras artes y nuestras costumbres, que aún se envanecen de su origen español, vienen resistiendo gallardamente todas las tentativas de absorción de los *yankees*, cuya manera de ser es refractaria a la suya, cuyo grosero materialismo les inspira repugnancia, mirando como el mayor de los errores, y de los horrores, el de su dominación. (Tulio)

Junto a las denuncias a los espurios intereses imperialistas de los norteamericanos, resulta curioso comprobar cómo desde España, en un ejercicio de hipocresía considerable, se contraponía la servidumbre de la población negra en la sociedad estadounidense, frente al supuesto buen trato que recibían los negros cubanos por parte española. Una imaginaria diferencia que se ponía de manifiesto para denunciar y desprestigiar a los estadounidenses. "La raza negra que vive en Cuba y que recibe de España tanto respeto a su dignidad y a sus derechos, puede pensar con terror en lo que harían los yankees con ella […]" (Eneas).

En el *Heraldo de Madrid* se expresaban los valores a los que la mayoría de españoles asociaban a los norteamericanos, caracterizados por el salvajismo, la falta de escrúpulos y principios morales, como no podía ser menos en un país guiado por un afán de lucro ilimitado:

> Puede esperarse todo de un pueblo completamente extraño a todo procedimiento regular en las relaciones internacionales. La *sans façon* anglosajona, la falta de escrúpulos característica de la raza y de su condición aventurera y comercial, autoriza cualquier sospecha. Norteamérica es el pueblo de Lynch y sus hombres de Estado han consentido como la cosa más natural del mundo las salvajadas de Nueva Orleans. ("Ganando tiempo"). [19]

En medios militares, donde la retórica del honor llegaba al paroxismo y, en consecuencia, donde con mayor incomprensión se vivía la actitud de los norteamericanos, –a los que se consideraba como miembros de un pueblo joven, incapaz de respetar a un pueblo caballeroso y augusto como el español– se vivió con gran indignación la escalada de tensiones entre los dos países. La percepción que los militares españoles tenían de sí mismos contrastaba abiertamente con la imagen que les llegaba de Estado Unidos. Así, por ejemplo, *El Correo Militar* calificaba a los estadounidenses de "mercaderes sin conciencia" y decía estar cansado de las "arterías, calumnias y vilezas que durante tres años se han vomitado contra nosotros en el Parlamento, en las tabernas y pocilgas de esos brutales mercachifles disfrazados de Burgueses" ("El mensaje").



Ilustración de la época en la que se muestra a un marino español dando lecciones sobre las "verdaderas batallas de la Historia" al *Tío Sam* americano.

A medida que se aproximaba el inicio de las hostilidades, el tono de enemistad hacia los norteamericanos fue en aumento en los medios castrenses. En *El Correo Militar* se les acusaba de ser una "raza envilecida por el lucro y la especulación de todo sentimiento noble." Y se juzgaba con extremada dureza el papel desempeñado por su civilización en el mundo:

> La historia de la humanidad no registra un caso igual y semejante de felonía en los pueblos más bárbaros de la antigüedad. Esta página estaba reservada a los bárbaros de Occidente, que si no los separara de nosotros el Atlántico, habría que formar contra ellos líneas divisorias y cruzadas, para contenerlos en sus selvas, y exterminarlos por los mismos procedimientos que ellos han empleado contra los *pieles rojas*, sus progenitores. ("Los yankees pintados por sí mismos").

Como hemos visto, todos estos prejuicios no eran fruto del momento. Se habían ido forjando a lo largo del siglo XIX, cuando las fuerzas conservadoras españolas fueron progresivamente desarrollando un discurso antiamericano nutrido de clichés y sentimientos de antipatía genérica hacia Estados Unidos. En todo caso, en los sectores más derechistas del país, la guerra y posterior derrota con el Coloso del Norte constituyó una gota más en un sentimiento antiamericano ya previamente enraizado. El repunte del antiamericanismo europeo, y por ende español, en el primer tercio del siglo

pasado, tuvo más que ver con el desarrollo de un período de expansión económica, social y política de los Estados Unidos [20] Entonces, los sentimientos de antiamericanismo se intensificaron en la inmensa mayoría de los países europeos. [21] En dicho contexto general, España no fue la excepción.

La sociedad estadounidense encarnaba un nuevo modelo de vida donde reinaba la abundancia y el confort, pero al mismo tiempo uniforme y cuyo actor principal lo constituían las masas. Esto coincidía con una creciente presencia norteamericana en los asuntos mundiales tras sus éxitos en la Guerra Hispano-estadounidense y en la Primera Guerra Mundial (Markovits 64-80). Un panorama que fue percibido por muchos intelectuales europeos de la época con temor, adscritos como estaban a pautas de vida tradicionales y a lo que se ha denominado como "civilización burguesa," asentada sobre el culto a los valores individuales. [22] Los sectores más conservadores de la sociedad fueron nuevamente los que con más inquietud y recelo percibieron la posibilidad de expansión del *American way of life*.

5.- Durabilidad de los prejuicios sobre la falta de cultura de los *yanquis.*

Probablemente uno de los tópicos más escuchados dentro de las voces del antiamericanismo español sea el de la falta de cultura, de sofisticación, de tradición histórica del pueblo estadounidense.[23]Comentarios críticos que se han alternado simultáneamente con alabanzas sobre el prodigioso desarrollo técnico y material alcanzado por aquella sociedad, tan diferente a la peninsular. Tal percepción no se ha circunscrito al caso español. Ya Alexis de Tocqueville en su obra *De la Democracia en América*, no tenía reparos en señalar que "en ningún país del mundo civilizado se presta menos atención a la filosofía que en Estados Unidos" (cit. Isbell, "El final del antiamericanismo" 117). En opinión del observador francés, la situación se explicaba porque la predilección de los americanos por las cosas prácticas, por el sentido material de la vida, les impedía llegar a los niveles de abstracción y concentración necesarias para el razonamiento filosófico.[24]

Seguramente conocedor de la obra de Tocqueville, el escritor español Ramiro de Maeztu realizó un viaje por Estados Unidos en la década de los años veinte del siglo pasado. De sus impresiones allí fue dejando constancia en forma de artículos de opinión publicados en la prensa de la época. Más tarde, ya durante el franquismo, fueron recopilados y editados bajo el título *Norteamérica desde dentro.* Resulta curiosa la coincidencia entre ambos autores a la hora de describir la inclinación americana a lo práctico y su falta de voluntad y pericia para las *disciplinas del espíritu*. En este sentido, Maeztu señalaba: "Los que se quedaron en colegios y universidades, exclusivamente consagrados a tareas intelectuales, no eran los mejores ni los más estimados del país" (35). No sólo eso, iba más allá afirmando que

los hombres de letras estadounidenses, generalmente, no están a la altura de sus homólogos del Viejo Continente. Y los que escapan a esa generalización es con condiciones: "Europa ha admitido a Edgar Alan Poe porque lo supone poco norteamericano" (Maeztu 35). Por su parte, Julio Camba, periodista español que viajó a Estados Unidos por aquellas fechas, comentaba:

> Al ver la mala literatura que se hace hoy allí, uno cree que los americanos no han tenido todavía tiempo para hacerla mejor; pero, relacionando este hecho con otros, se llega a entrever la posibilidad de que América tienda deliberadamente a suprimir toda manifestación literaria. (7)

En la obra de Maeztu también hay lugar para los elogios.[25] Por ejemplo hacia la sociedad de la abundancia, "donde todos o casi todos tienen algo;" o hacia el sistema educativo del que admiraba la mayor comunicación existente entre profesor y alumno. Si bien, no conviene perder de vista su objetivo último: captar y aprehender las claves del éxito de las naciones anglosajonas para poder, tarde o temprano, aplicar esas lecciones a los pueblos hispanos del subcontinente, y lógicamente a España. Con el tiempo, este autor se convirtió en uno de los grandes defensores de la idea de la *Hispanidad*.

Ya quedó apuntado páginas atrás que el enfrentamiento hispano-estadounidense de 1898 no tuvo tan fuerte repercusión en la configuración del antiamericanismo español como ha sido afirmado. Su origen venía de antes. Lo que sí se produjo es un cierto distanciamiento a nivel gubernamental. Para Estados Unidos, España había dejado de ser un asunto de primera importancia a nivel geopolítico. Por su parte, el gobierno de Madrid, aun cuando quisiese, no podía mostrar esa indiferencia: las ramificaciones del *Gigante americano* a nivel político, y sobre todo económico no habían dejado de crecer en la Península Ibérica.[26] Así y todo, Europa y no América era ahora el punto de referencia.

Eso en el orden de las cancillerías; a nivel científico y tecnológico ciertos grupos españoles mostraban una creciente admiración por los logros estadounidenses. Allá tenían puesta su mirada, por ejemplo, buena parte de los miembros de la Institución Libre de Enseñanza.[27] Un interés compartido por una gran mayoría de los grupos políticos más progresistas, los primeros en querer pasar página del enfrentamiento con los americanos en Cuba.[28] Dos de las figuras claves de a aquella Institución, Fernando de los Ríos y Federico García Lorca, embarcaron para Estados Unidos en junio de 1929. El segundo inmortalizó sus impresiones y experiencias en la *Gran Manzana* en el libro *Poeta en Nueva York*.[29] Resulta interesante comprobar cómo las críticas del poeta granadino a la sociedad capitalista, masificada, que oprime al individuo coinciden con las que, en ese mismo sentido, venían

lanzándose desde medios conservadores. [30] En palabras de Federico Bonaddio, Lorca denuncia las "consecuencias opresivas de la Modernidad" que alienan a las personas en unas calles neoyorkinas prototipo de ese "Nuevo Mundo" del que parte medio desencantado para la "vieja y querida Civilización de Cuba" (157-158).[31]

La II República española y la posterior Guerra Civil trastocó el panorama precedente. La tentación de Roosevelt de intervenir, no materializada, a favor de la democracia y en contra de Franco creó gran malestar entre aquellos mismos grupos que antes habían apostado por olvidar las rencillas pasadas. Muchos españoles se sintieron abandonados a su suerte por las *Democracias Occidentales*. Ello a pesar de la generosa contribución a la causa republicana de cientos de brigadistas estadounidenses, enrolados en el batallón Lincoln. Muy diferente era la actitud hacia la nación americana entre los españoles que recibieron con entusiasmo el Golpe de Estado de 1936. No es ocioso señalar que fue en el seno de la Iglesia, del Ejército y de Falange donde más tiempo habían durado los rescoldos de la animadversión hacia el *yanqui* que explosionó con la guerra de 1898. [32] Con la derrota de la Alemania de Hitler, tan cercana para el *Movimiento Nacional* español, Franco tuvo que ir, paulatinamente, plegando velas a la nueva realidad: Estados Unidos y la URSS eran ahora las dos grandes superpotencias mundiales.

Volviendo al tema de las representaciones simbólicas y los estereotipos, la evolución fue más lenta. Es al menos lo que se deduce de la lectura de *Nueva York en retales*, escrita en 1946 por Joaquín Calvo Sotelo. Sorprende comprobar cómo se mantienen muchos de los juicios que Maeztu había puesto negro sobre blanco dos décadas antes en *Norteamérica desde dentro*. También Sotelo habla en términos elogiosos del grado de desarrollo material y económico de la sociedad estadounidense. Se rinde ante la laboriosidad *yanqui* y su preocupación por el progreso científico:

> Todos los laboratorios de Estados Unidos tienen sus luces perennemente encendidas, todos sus microscopios clavan los mínimos gérmenes vitales en sus pupilas mágicas sin tregua; el tejido, el plasma, el órgano son cada día, a cada hora, sometidos a pruebas, a análisis, a estudios […] (162).

Ahora bien, unas líneas más adelante deja bien claro que ello no significa, ni mucho menos, superioridad de los americanos frente a los europeos. La clave está en que ellos cuentan con más posibilidades económicas y materiales:

> No seremos tan pueriles como para suponer que todo eso y mucho más sí, casi íntegramente y por el jus soli, pertenece a los Estados Unidos, le corresponde, también por fuero de la inteligencia y del

> trabajo. De ninguna manera. El ingenio europeo ha sido partero de muchos de esos avances, pero la organización, la riqueza y el fervor de Estados Unidos los han hecho posibles (163).

Opinión bien diferente es la que expresa Sotelo al referirse a las producciones artísticas y humanísticas *made in USA*. Salvo el teatro norteamericano, para el que sí tiene algunos comentarios positivos, el resto es criticado con dureza. La mayoría de las veces con un tono de superioridad y eurocentrismo apenas disimulado. Las obras americanas no son más que meros sub-productos, sin mucho valor, de la cultura británica, puede leerse entre líneas. En definitiva, nada comparable a las laureadas letras del Viejo Continente. Si el parangón se hace con el acervo literario y poético de España, aún peor. En tal caso, ni tan siquiera las obras escénicas estadounidense llegan a la altura de las españolas:

> La literatura dramática norteamericana, sin mengua ninguna de la genial reciedad de un O'Neil, por ejemplo, no sabría depararnos un paralelo del fenoménico arquetipo que es nuestro Benavente, caleidoscópico, rutilante, fecundo hasta el asombro, ni se ha aproximado jamás a la gracia sobrenatural y asombrosa del diálogo de un Arniches, ni ha dado tampoco unos dramaturgos costumbristas de la finura, de la autenticidad de los Quintero (109).

Para entender lo que escribía Calvo Sotelo en *Norteamérica desde dentro* quizá no esté de más recordar lo que sucedía en el panorama circundante. Incluso algo más tarde, en los primeros años de la década de los años cincuenta, una buena parte de la intelectualidad europea seguía expresando prejuicios hacia Estados Unidos similares a los de comienzos de siglo: un pueblo rico, vigoroso, pero sin cultura, sin la solera de las producciones artísticas y humanísticas europeas. A pesar de la inestimable ayuda para la reconstrucción económica que supuso el Plan Marshall, a pesar de un variado conjunto de estrategias de información y propaganda desplegadas desde Washington, la imagen exterior de Estados Unidos seguía siendo criticada, sobre todo en su vertiente cultural.[33]

Movido por la necesidad de atajar ese problema y de combatir las "soviet lies or half-truths," el presidente Eisenhower creó la United States Information Agency (USIA) en 1953.[34] Un nuevo impulso en la tentativa de conquistar la mente y los corazones de los europeos que, sin embargo, parece ser que no tuvo todo el éxito esperado.[35] Una década más tarde, un informe interno de dicha agencia venía a concluir que un alto porcentaje de los encuestados de Alemania Occidental, Italia, Francia y Reino Unido consideraban que la civilización estadounidense era ruda, tosca, materialista. Aquellos ciudadanos europeos consideraban que su literatura, su arte o su filosofía, o las de sus vecinos del otro lado del *Telón de Acero*,

estaban muy por encima de las letras estadounidenses. Dicho memorándum concluía presentando un panorama bastante negativo acerca de cómo era percibida la *American culture* entre buena parte del cuerpo social europeo:

> The receptivity for things American among the intellectual elite of Europe is rather low. Indeed, there is a specific and particularized disdain for American civilization, its educational system and its cultural development: America is a materialistic society, a mass culture devoid of cultivation. American culture is Coca-Cola, blue jeans, chewing gum, pinball machines television, and the jukebox. America is a baby culture. Except for Edgar Allan Poe, it had no literature before the 1920's" ("A Report" 15)

Con tal panorama flotando en el ambiente europeo, no es de extrañar que en España el estado de opinión hacia la cultura estadounidense fuese igual o incluso peor.[36]

Ahora bien, con la firma de los *Pactos militares* entre Estados Unidos y la España franquista de 1953, las manifestaciones de antiamericanismo dejaron de ser tan explícitas. Y por supuesto se puso mucho cuidado en no hacerlas desde medios institucionales, en juego estaba el mantener una relación cordial con el *amigo americano.* Lo cual no quiere decir que la hostilidad hacia la nación americana hubiese desaparecido por completo. Más bien se podría decir que había pasado, si se permite la expresión, a un estado de hibernación (Seregni 116). En Washington no eran ajenos a esta realidad. Sabían que buena parte de las *Familias del Régimen* venían de una larga tradición de rechazo y desprecio hacia el país norteamericano. Tampoco ignoraban que pactar con un dictador como Franco les enajenaría la simpatía de quienes, poco antes, habían luchado contra él en la Guerra Civil. Con el propósito de irse ganando paulatinamente a los primeros y de no cerrarse las puertas de un futuro entendimiento con los segundos, se desarrollaron diversos planes de cooperación educativa y científica y de información y propaganda.[37] El propósito: mostrar al pueblo español que la relación estratégica con los estadounidenses redundaría en beneficios mutuos.

Dentro de ese panorama general, se pusieron en funcionamiento varios programas de becas e intercambios. Uno de ellos, el *Foreign Leaders Program* ofrecería la posibilidad a personalidades destacadas de la vida política, social y cultural españolas para que realizasen estancias al otro lado del Atlántico. Se pensaba que viajando allí y viendo *in situ* el funcionamiento de la sociedad norteamericana podrían debilitarse o incluso desaparecer sus prejuicios antiamericanos. Si todo marchaba según lo previsto, a la vuelta traerían una imagen más ajustada, menos estereotipada del país americano. Imagen que luego podrían irradiar entre sus respectivos círculos profesionales y de amistad. Los resultados de este tipo de

iniciativas apenas han comenzado a ser estudiados, por lo que sería prematuro pronunciarse de manera categórica sobre su efectividad.[38] No obstante, se puede ya adelantar que las previsiones no siempre se cumplieron. Incluso hubo algún caso donde el efecto fue el contrario: la estancia en suelo *yanqui* no sólo no debilitó los prejuicios antiamericanos sino que parece ser que los acrecentó.[39]

Sea como fuere, interesa en este punto traer a colación lo sucedido a Miguel Delibes. El escritor vallisoletano fue elegido para participar en el mencionado *Programa de Líderes* en el curso 1964-65 ("Commission for Educational Exchange" 16). Al amparo de este programa, realizó una estancia en la Universidad de Maryland. Allí impartió clases de literatura española, al tiempo que pronunció conferencias en otros centros universitarios del país. Más tarde, Delibes plasmó sus experiencias e impresiones en el libro *USA y yo*. Resulta llamativa la continuidad existente entre muchas de las opiniones del escritor vallisoletano y las que ya comentamos de Ramiro de Maeztu, Julio Camba, Calvo Sotelo o incluso las de Tocqueville. En lo relativo a la valoración que le merecen las instalaciones educativas, se deshace en elogios:

> Pero ¡qué Colleges y qué Universidades, Señor mío! Ya el montaje de los mismos, la escenografía, es una invitación al vals; quiero decir, al estudio […] Y ¿qué decir de los medios? En este apartado son tantas las cosas que sorprenden al viajero que si éste se obstina en enumerarlas todas, corre el riesgo de no poner nunca punto final […] Este país, a la hora de enseñar no regatea la munición […]. (131)

Menos entusiasta se muestra cuando aborda otros asuntos, tales como el uso de las drogas, la delincuencia, o la desintegración de las familias que está acarreando la posibilidad de divorciarse (88-92). Volviendo al tema educativo y cultural, después de dar una de cal, deja una final de arena. No se fuese a pensar que los americanos eran superiores en cuanto al cultivo de las artes y las letras. Muestra su convencimiento de que "nuestro espíritu" podría brillar a igual altura, o incluso más si en España se contasen con los mismos medios:

> Por supuesto nada de esto quiere decir que, en términos generales, la ilustración del yanqui sea superior a la ilustración del español (hablo de los que pasan por las Universidades). Hay cosas que nosotros aprendemos en un bachillerato rígido, muy apretado, y que el universitario yanqui -por mor de la especialización- no tendrá oportunidad de saber nunca […] Quedará siempre por ver el nivel cultural que alcanzarían nuestros templos universitarios- económicamente desasistidos y que consiguen tanto con tan poco- el día que se les dotase de los instrumentos adecuados para desarrollar, sin trabas, su misión pedagógica […]. (135)

Así pues y según los testimonios comentados aquí, se repite una lógica en los españoles que visitaron Estados Unidos desde comienzos del siglo pasado hasta los años sesenta: el país les sorprendía sobremanera por su desarrollo y progreso económico, científico y técnico. Mucho más escépticos se mostraban a la hora de comentar las virtudes de la cultura estadounidense.[40] En un buen número de ocasiones, no tuvieron empacho alguno en despreciarlas, considerándolas de segunda categoría e inferiores en calidad a las españolas.

6.- Conclusión.

Como hemos tenido ocasión de comprobar, esa especie de complejo de superioridad respecto a la cultura estadounidense no fue exclusivo de los españoles. Fue, por el contrario, un viento que recorrió toda la Europa continental desde comienzos del siglo XX –alentado fundamentalmente por voces conservadoras– y hasta al menos los años sesenta; entonces tomó nuevos bríos y formas, esta vez impulsado mayoritariamente por sectores progresistas. Buena parte de esas imágenes estereotipadas comenzaron a forjarse en el imaginario colectivo español prácticamente desde el momento mismo de la Independencia Americana en 1776.

El aviso del Conde de Aranda en 1783: "dentro de algunos años veremos con verdadero dolor la existencia tiránica de este coloso del que hablo," fue traído a colación por los intelectuales que lloraron el *Desastre del 98*. En los años treinta y cuarenta del siglo pasado, tal advertencia fue seguramente recordada por los falangistas que soñaban con que la *Hispanidad* se impusiera al *Panamericanismo*, asimismo por los obispos católicos que veían con pavor el avance del protestantismo en Sudamérica, o por los militares españoles que criticaban la supuesta "falta de honor y espíritu" de los *yanquis*.[41] Andando el tiempo, imaginamos que los manifestantes antifranquistas que cantaban a finales de los sesenta: "Franco, Franco que cabrón, fuera yanquis de Torrejón…"(Pardo, 2004:169) tampoco tendrían mucho problema en aceptar como propias las palabras de Aranda.

Y ahí precisamente radican algunas de las características del antiamericanismo como fenómeno general: su durabilidad al paso del tiempo en línea con las palabras de Einstein de lo complicado que resulta desintegrar un prejuicio; la gran dificultad con que han topado los agentes diplomáticos al servicio de Washington que han pretendido, bien con políticas de diplomacia cultural,[42] bien con programas de captación de elites, paliar sus efectos o erosionarlo en la medida de lo posible; y por último, que en el antiamericanismo suelen tocarse los extremos políticos de derecha e izquierda.

OBRAS CITADAS

"A Report on the Strategic Importance of Western Europe." 24/09/1964. National Archives Records & Administration, RG 59, General Records of BFS, 1950-70, box 19. 1-19.

Allende Salazar, José Manuel. "España y Estados Unidos en el siglo XX." *Política Exterior* 80 (marzo-abril 2001): 136-150.

"Annual Report on Educational Exchange for FY 1960" 29/07/1960. NARA RG 59, BCA-Country Files, 1955-64, box 215.1-9.

"Annual Report on Educational Exchange for FY 1963." 30/08/1963. NARA RG 306, Subject Files, 1953-67, box 45.1-10.

Arredondo, Christopher Britt. *Quixotism: The Imaginative Denial of Spain's Loss of Empire*. Albany: State University of NY Press, 2004.

Azcárate, Manuel. "La percepción española de los Estados Unidos." *Leviatán* 33 (1988): 5-18.

Barjot, Dominique, Lescent-Giles, Isabelle, de Ferrière Le Vayer, Marc, eds. *L'américanisation en Europe au XXe siècle: Économie, Culture, Politique.* Lille: CRHEN-O/Presses de l'Université de Lille, 2002.

Berman, Russell: *Anti-Americanism in Europe: A Cultural Problem*. Stanford: Hoover Institution P, 2004.

Bernárdez Sanchís, Carmen. "Noticia y recepción en España del arte y los artistas de Estados Unidos (1950-1989)." *Norteamérica y España. Percepciones y relaciones históricas: una aproximación interdisciplinaria*. Eds. Emma Sánchez y María Eugenia Sánchez. Málaga: SEHPA, 2010.

Bonaddio, Federico. *Federico García Lorca: the Poetics of Self-Consciousness*. New York: Tamesis, 2010.

Calvo Sotelo, Joaquín. *Nueva York en retales*. Madrid: Dossat, 1946.

Camba, Julio. *Un año en el otro mundo.* 2º ed. Madrid: Biblioteca nueva, 1920.

Castro Pereda, Rafael. *España en América: cinco siglos en perspectiva*. Caparra: Centro Gráfico del Caribe, 1985.

Chislett, William. *España y Estados Unidos: en busca del redescubrimiento mutuo.* Barcelona: Ariel, 2005.

—. "El antiamericanismo en España: el peso de la historia." Documentos de Trabajo, Real Instituto Elcano, Madrid 47 (2005): 1-19.

"Commission for Educational Exchange between the United States of America and Spain. Annual Report." 13/10/1965. AGA, caja 54/10568.1-19.

Cull, Nicholas. *American Propaganda and Public Diplomacy, 1945-1989: The United States Information Agency and the Cold War*. Cambridge: Cambridge UP, 2008.

Cunliffe, Marcus. "The anatomy of anti-Americanism." *Anti-Americanism in Europe*. Eds. Rob Kroes and Maarten van Rossem, Amsterdam: Free UP, 1986. 20-36.

De Grazia, Victoria. *Irresistible Empire: America's Advance Through Twentieth-Century Europe*. Cambridge, Mass: Belknap Press of Harvard UP, 2005.

Delgado, Lorenzo. "El error Aznar, o las consecuencias de secundar el unilateralismo de Estados Unidos." *Historia del Presente* 5 (2005): 151-163.

—. "Cooperación cultural y científica en clave política. Crear un clima de opinión favorable para las bases U.S.A en España." *España y Estados Unidos en el siglo XX*. Eds. Lorenzo Delgado y María Dolores Elizalde. Madrid: Biblioteca de Historia-CSIC, 2005. 207-243.

—. "La maquinaria de persuasión. Política informativa y cultural de Estados Unidos hacia España." *Ayer* 75.3 (2009): 97-132;

—. *"Viento de Poniente" El programa Fulbright en España, 1958-2008*. Madrid: CFE-LID Editorial Empresarial-AECID, 2009.

Delibes, Miguel. *Diario de un emigrante*. Barcelona: Destino, 1958.

— *Usa y yo*. Barcelona: Destino, 1966.

El Heraldo. Madrid (26 de noviembre 1845).

"El mensaje." *El Correo Militar*. (Madrid, 12 de abril 1898).

Ellwood, David: "Anti-Americanism in Western Europe: a comparative perspective." *European Studies Seminar* 3 (1999): 1-50.

Eneas. "De la guerra." *El Correo español* (Madrid, 19 de abril 1898).

Fernández, Daniel. *El antiamericanismo conservador español durante el franquismo: la Falange, el Ejército y la Iglesia Frente a EEUU (1939-1963).* Madrid: Universidad Complutense (Tesis Doctoral), 2008.

—. "La erosión del antiamericanismo conservador durante el franquismo." *Ayer* 75. 3 (2009): 193-221.

—. "El peligro viene del norte: la larga enemistad de la España conservadora a los EEUU." *Los enemigos de España: Imagen del otro, conflictos bélicos y disputas nacionales (siglos XVI-XX).* Madrid: CECP, 2010. 207-232.

Ferrer del Río, Antonio. "El conde de Aranda. Su dictamen sobre la América española." *Revista española de ambos mundos* 3 (1865): 565-581.

"Ganando tiempo." *Heraldo de Madrid* (Madrid, 24 de marzo, 1898).

Gesine, Schwan. "Anti-américanisme et critiques des États-Unis depuis la Première guerre mondiale en Allemagne." *Les cahiers d´histoire sociale* 21 (hiver 2002-2003) : 25-32.

Gienow-Hecht, Jessica. "Shame on US? Academics, Cultural Transfer, and the Cold War-A Critical Review." *Diplomatic History* 24.3(2000).

Guilbaut, Serge. *De cómo Nueva York robó la idea de arte moderno*. Madrid: Mondadori, 1990.

Isbell, Paúl. "El final del antiamericanismo." *Leviatán. Revista de hechos e ideas* 75 (1999): 101-122.

Judt, Tony. *Postwar: A History of Europe since 1945.* New York: Penguin P, 2005.

Kagan, Richard Kagan. "Precott's Paradigm: American Historical Scholarship and the Decline of Spain." *American Historical Review* 101 (abril 1996).

Klimke, Martin, y Scharloth, Joachim. *1968 in Europe: A History of Protest and Activism, 1956-1977*. New York: Palgrave Macmillan, 2008.

Kuisel, Richard. *Seducing the French: The Dilemma of Americanization*. California: University of California P, 1996.

León, Pablo. "Los canales de la propaganda norteamericana en España, 1945-1960." *Ayer* 75.3 (2009): 133-158.

"Los yankees pintados por sí mismos." *El Correo Militar* (15 de abril 1898).

Maeztu, Ramiro de. *Norteamérica desde dentro*. Eds. Vicente Marrero y Florentino Pérez Embid et al. Madrid: Editora Nacional, 1957.

Maier, Charles. "«Guerra fredda e modernizzazione»: un rapporto da precisare." *Nuove tendenze nella storia contemporanea: Incontro internazionale in ricordo di Pier Paolo D'Attorre*. Eds. Dante Bolognesi and Mariuccia Salvati. Ravenna: A Longo Editore, 2000. 15-22.

Maltby, William: *La Leyenda Negra en Inglaterra, desarrollo del sentimiento antihispánico: 1558-1660*. México: Fondo de Cultura Económica, 1982.

Markovits, Andrei. *Uncouth Nation: Why Europe Dislikes America.* Princeton: Princeton UP, 2007.

Martín Sánchez, Isabel. "La imagen de EEUU a través de *El Siglo Futuro* durante la Primera Guerra Mundial." *El nuevo horizonte: España/Estados Unidos. El legado de 1848 y 1898 frente al*

nuevo milenio. Eds. Carmen Flys Junquera y Juan E. Cruz Cabrera. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá, 2001. 115-139.

Montero Jiménez, José Antonio. *El despertar de la gran potencia. Las relaciones entre España y los Estados Unidos, 1898-1930*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2011.

Moreno Villa, José. *Pruebas De Nueva York*. 20. Valencia: Pre-textos, 1989. (Edición facsímil, original publicado en 1927).

Nadal, Santiago. *Los Estados Unidos vistos de cerca*. Barcelona: Destino, 1960.

Niño, Antonio. "50 años de Relaciones entre España y Estados Unidos." *Cuadernos de Historia Contemporánea* 25 (2003): 10 y ss.

—. "Las relaciones culturales como punto de reencuentro Hispano-Estadounidense." *España y Estados Unidos en el siglo XX*. Eds. Lorenzo Delgado y María Dolores Elizalde. Madrid: Biblioteca de Historia-CSIC, 2005. 57-94.

Osgood, Kenneth. *Total Cold War: Eisenhower's Secret Propaganda Battle at Home and Abroad*. Lawrence: UP of Kansas, 2006.

Pardo Sanz, Rosa. "Las relaciones hispano-norteamericanas durante la presidencia de L.B. Johnson: 1964-1968." *Studia Historica, Historia Contemporánea* 22 (2004): 137-183.

—. "España y EE.UU. en el tardofranquismo: las relaciones bilaterales durante la presidencia de Nixon." *Historia del Presente*, (2005): 11-41.

Payne, Stanley. "Los Estados Unidos y España: Percepciones, imágenes e intereses." *Cuadernos de Historia Contemporánea* 25 (2003): 155-167.

Pells, Richard. *Not Like Us: How Europeans Have Loved, Hated, and Transformed American Culture since World War II*. New York: Basic Books, 1997.

Pike, Fredrick B. *Hispanismo, 1898-1936: Spanish Conservatives and Liberals and Their Relations with Spanish America*. London: U of Notre Dame P, 1971.

Piñar, Blas. "Hipócritas." *ABC* (19 de enero,1962).

Powell, Charles. *El amigo americano. España y Estados Unidos: de la dictadura a la democracia*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2011.

Revel, Jean-François. *La obsesión antiamericana*. Barcelona: Urano, 2003.

Rodríguez Jiménez, Francisco Javier. *¿Un «antídoto» para el antiamericanismo? American Studies en la España franquista, 1945-69*. Valencia: Publicacions de la Universitat de València, 2010.

Rubin, Barry and Judith Colp Rubin. *Hating America. A History*. New York: Oxford UP, 2004.

Sepúlveda Muñoz, Isidro. *El Sueño de la Madre Patria: Hispanoamericanismo y Nacionalismo*. Ambos mundos. Madrid: Fundación Carolina, Centro de Estudios Hispánicos e Iberoamericanos, 2005.

Seregni, Alessandro. *El antiamericanismo español*. Madrid, Síntesis, 2007.

Skard, Sigmund. *The American Myth and the European Mind*. Philadelphia: University of Pennsylvania P, 1961.

Solana, Javier y Basset, Lluís. *Reivindicación de la política. Veinte años de Relaciones Internacionales.* Barcelona: Mondadori, 2010.

Stephan, Alexander. *The Americanization of Europe: Culture, Diplomacy, and Anti-Americanism after 1945.* New York: Berghahn Books, 2006.

Tulio. "Aún es tiempo." *El Correo español* (Madrid, 19 de marzo 1898): páginas

Van Aken, Mark J. *Pan-Hispanism: Its origin and Development to 1866.* Berkeley: U of California P, 1959.

Verdú, Vicente. *El planeta americano*. Barcelona: Anagrama, 1996.

Viñas, Ángel. "La negociación y renegociación de los acuerdos hispano-norteamericanos, 1953-1988: Una visión estructural." *Cuadernos de Historia Contemporánea* 25 (2003): 83-107.

NOTAS

[1] Véanse Azcárate y Payne para comprender algunas de las imágenes y percepciones existentes en España sobre Estados Unidos.

[2] También se ha hablado de las relaciones hispano-estadounidenses como de una "verdadera ducha escocesa, de calor y frío" (Allende Salazar 137). Un interesante punto de partida para el estudio de las relaciones hispano-norteamericanas en la fase final del franquismo en Pardo Sanz, (2004: 137-183; 2005: 11-41)

[3] El presidente norteamericano Ronald Reagan visitó a su homólogo español en el Palacio de la Moncloa el 6 de mayo de 1985. Al parecer, este encuentro supuso un punto de inflexión para la mejora de las relaciones entre los mandatarios. González declaró que después del almuerzo de trabajo, y un paseo por los jardines, "éramos Felipe & Ron" (Powell 613).

[4] Tal viraje en la política exterior española bajo el mandato del Partido Popular perdía de vista, precisamente, que una parte importante de la

población española no quería ser "tan amiga" de Estados Unidos. A muchos españoles les bastaba con llevarse bien y no olvidar la vocación europeísta (Delgado 151-163).

[5] Más información al respecto en Niño ("50 años" 10-12).

[6] Véase Fernández, 2009.

[7] Véase De Grazia.

[8] Charles Maier describe bien ambos conceptos, y sus diferencias.

[9] Sigmund Skard, uno de los más laureados americanistas del pasado siglo señalaba al respecto "The myth about America which we cultivate in Europe has a psychological reality which is much more important to us than the so-called truth about America" (7).

[10] Para entender la complejidad del fenómeno, véase por ejemplo, Stephan; Barjot, Lescent-Giles y de Ferrière Le Vayer; Pells.

[11] Valga señalar algunos datos. Por ejemplo, un barómetro del Real Instituto Elcano señalaba en febrero de 2003 que un 52% de los españoles tenían una opinión poco o nada favorable respecto a los Estados Unidos, mientras que un 57% de los encuestados consideraba negativamente la expansión de las ideas y costumbres norteamericanas por el mundo. En un estudio realizado por la Office of Research, US Department of State a finales de 1999, se indicaba que España era el país de la Unión Europea en el que menor número de ciudadanos expresaba una valoración positiva acerca de los Estados Unidos, únicamente un 50% de la población, lo que contrastaba con el 62% de los franceses, el 76% de los italianos o el 78% de los alemanes. Otras importantes encuestas, como las llevadas a cabo por el Pew Research Center for the People and the Press o por Internacional Gallup también apuntan en la misma dirección, esto es, a que el antiamericanismo en España alcanza una de las cotas más altas de Europa.

[12] Sin duda uno de los que más contribuyó a la difusión de los peligros del exceso de igualdad en la sociedad norteamericana fue el francés Alexis de Tocqueville, a través de su obra *De la democracia en América* (2 vols., 1835-1840).

[13] Esta analogía fue puesta de manifiesto hace ya bastante en Maltby.

[14] Para conocer con más detalle la articulación del antiamericanismo español durante el siglo XIX, véase Fernández ("El peligro viene del Norte").

[15] Véase Arredondo.

[16] Aunque también hubo voces en España y otros países europeos que, sobre todo en la primera mitad del siglo XIX, se alzaron contra el esclavismo en el sur de Estados Unidos y denunciaron que realmente el país se mantenía gracias a ese trabajo esclavo. De ahí procede en gran medida el estereotipo sobre la "hipocresía" de los norteamericanos.

[17] Sobre este tema, algunas de las obras pioneras son Van Aken, Pike, Castro Pereda y más recientemente Sepúlveda Muñoz.
[18] *El Siglo Futuro* (Madrid, 17 de febrero 1896).
[19] Charles Lynch fue un juez de paz del siglo XVIII que ordenó ejecuciones durante la guerra de la Independencia estadounidense que no habían sido precedidas de juicio. De ahí deriva el término linchamiento, fenómeno que se asociaba al barbarismo propio de los estadounidenses.
[20] En fecha tan temprana como 1902 fue publicado un libro que recogía esos miedos al imparable avance del poderoso país estadounidense y su *American way of life*, Stead, William*: The Americanization of the world; or, the trend of the twentieth century,* Reno, BCI International, 1997 (reimpresión del original publicado en 1902).
[21] Véase Ellwood.
[22] Véase, por ejemplo, la obra de De Grazia.
[23] Prejuicios existentes también en el resto de sociedades europeas que han conducido en alguna ocasión incluso a que se cuestione si existe una 'cultura americana' digna de tal nombre (Gienow-Hecht 470).
[24] La animadversión francesa hacia Estados Unidos ha sido de las más intensas del viejo continente (véase Guilbaut y Kuisel). Pero no han sido los únicos, el filósofo alemán Martin Heidegger señalaba frecuementemente :"Americanism as a soulless, greedy, inauthentic force that undermined Europe." Por su parte, Ortega y Gasset arremetía contra los americanos, denunciando que "United States cannot
claim any greatness because it has no history, has little experience, and has not truly suffered" (Una y otra cita en Markovits 58 y 80, respectivamente).
[25] De hecho, Ramiro de Maeztu fue uno de los autores, dentro del mundo conservador español del primer tercio del siglo XX, menos hostil a los norteamericanos.
[26] Véase Montero Jiménez.
[27] Véase Niño ("Las relaciones culturales").
[28] Véase el epígrafe: "La opinión liberal y republicana sobre EEUU en el primer tercio del siglo XX" (Fernández, *El antiamericanismo conservador español* 72-76).
[29] El libro fue publicado póstumamente en 1940 en México. En España no vio la luz hasta más de treinta años después en Espasa Calpe, 1972.
[30] Julia Camba, por ejemplo, se lamentaba de la mecanización de la sociedad Americana y la aceleración del tiempo, proceso que hace imposible la reflexión pausada que requiere, a su entender, cualquier civilización: "Aquí [Nueva York] hay una tendencia a sustituir el

pensamiento con la gimnasia casera y la civilización con la mecánica" (Camba 92).

[31] Uno de los poemas más significativos sobre la deshumanización de la *Gran Manzana* dice: "La aurora de Nueva York tiene/ Cuatro columnas de cieno/ Y un huracán de negras palomas/ Que chapotean las aguas podridas/ La aurora de Nueva York gime/ Por las inmensas escaleras/ Buscando entre las aristas/ Nardos de angustia dibujada/ La aurora llega y nadie la recibe en su boca/ Porque allí no hay mañana, ni esperanza posible/ A veces las monedas en enjambres furiosos/ Taladran y devoran abandonados niños."

[32] Véase Fernández, 2008.

[33] "The problem of American Culture. A propaganda inquiry into a stereotype"
16/01/1952. NARA RG 59, BFS- Plans and Development, 1955-60, box 43. 1-18.

[34] La obra más completa sobre la historia de esta Agencia es la de Cull.

[35] El concepto de `hearts and minds´ fue acuñado por Eisenhower en la campaña presidencial de 1952, con la idea de enfatizar su compromiso total con el frente psicológico-cultural, en contraposición a la tibieza mostrada por parte de Harry Truman (véase Osgood 46 y ss.). En España, por ejemplo, la revista *Goya* criticaba en 1959 la falta de historia y arte del país americano. Incluso sugería que "era otro de los incesantes esfuerzos de las instituciones culturales americanas para descubrir un pasado al arte americano, para organizar y construir pasado, si es necesario" (cit. Bernárdez Sanchís 246).

[36] En 1963, un memorándum del Departamento de Estado recogía los siguientes comentarios sobre las dificultades que estaban teniendo los profesores americanos encargados de la docencia de los *American Studies* en las aulas españolas: "If the experience was not completely satisfactory from the professional point of view of these teachers, it is owing to the fact that Spanish university administrators are not entirely convinced that American culture exists […]" ("Annual Report" 2)

[37] Véase Delgado ("Cooperación cultural y científica" y "la maquinaria de persuasión").

[38] Véase Delgado, 2009.

[39] Fue el caso de Blas Piñar, elegido para el *Programa de Líderes* en 1959. Después de una estancia en Estados Unidos y en lugar de tener una visión más matizada de Estados Unidos parece ser que su antiamericanismo aumentó. Tanto es así que en 1962 fue cesado fulminantemente de su puesto en el Instituto de Cultura Hispánica por un artículo, "Hipócritas," muy crítico hacia Estados Unidos. Desde el Palacio del Pardo no se podían permitir esas salidas de tono respecto al

amigo americano ("Annual Report on Educational Exchange for FY 1960" 5).

[40] Véase Moreno Villa; Delibes ("Diario de un emigrante" 212; Nadal (112); Ponce Leiva (200-221).

[41] Véase Fernández, 2008.

[42] Véase Rodríguez Jiménez.